

# 2021 Retos Vitales

para una nueva era

## Un nuevo renacimiento europeo

Antonio Tajani



Claves para entender y mejorar el mundo



Reial Acadèmia Europea de Doctors  
Real Academia Europea de Doctores  
Royal European Academy of Doctors

BARCELONA - 1914



# Un nuevo Renacimiento europeo



**Antonio Tajani**

Presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales del Parlamento Europeo.

Durante setenta años, el balance histórico de la gran aventura europea ha sido una historia de éxito. Los europeos se han beneficiado de la paz, la democracia, la libertad y la prosperidad. El período que va desde la posguerra hasta la actualidad ha sido, en general, el más feliz y exitoso de nuestra historia común. La creación de un gran espacio de libertades económicas y civiles ha contribuido a la creación de millones de puestos de trabajo, a aumentar el bienestar, a una economía y una sociedad abiertas y creativas. La economía social de mercado, donde el mercado es un medio destinado a crear empleo y mejorar el nivel de vida, ha garantizado oportunidades y redistribución de la renta. En 1957, la pobreza afectaba al 41 % de la población europea y la clase media era el 50 %. Desde la firma de los Tratados hasta el año 2007, el producto interior bruto (PIB) per cápita de la Unión Europea se ha multiplicado por más de cuatro, contribuyendo a una reducción de las desigualdades sociales sin precedentes. La pobreza ha disminuido sustancialmente, la clase media representa el 75 % de la población. La brecha entre las regiones más pobres y las más desarrolladas se ha reducido gracias a los instrumentos europeos de solidaridad, como los Fondos estructurales y de cohesión.

Desafortunadamente, los 10 años de crisis desencadenada por las hipotecas de alto riesgo en Estados Unidos, seguida por la crisis de los bancos y de

la deuda soberana, ha revertido este proceso. Para algunos países, las consecuencias económicas han sido desastrosas. La brecha entre ricos y pobres se ha ampliado. La revolución tecnológica, la libre circulación de capitales y los mercados siempre más abiertos han fomentado el crecimiento y la competitividad. Pero también han creado una competencia a la baja en las condiciones de trabajo, los impuestos o las normas ambientales. A menudo, los flujos migratorios incontrolados y la mano de obra barata penalizaban a los más vulnerables. Esto, junto con el Brexit, las tensiones comerciales con Estados Unidos y la competencia desleal de China, ha alimentado una sensación de inseguridad, resentimiento y ansiedad sobre el futuro. Este miedo dio hilo a nacionalismos políticos y económicos.

Nos enfrentamos a un nuevo futuro de la Unión Europea y, además, al desafío de establecer las nuevas relaciones con el Reino Unido. Imagen cedida por Pixabay.



A esto, hoy, hay que sumar las consecuencias económicas de la crisis desencadenada por la COVID-19, que a nivel social son inmensas. No hay término medio: tenemos el deber moral e histórico de reconstruir nuestro continente. Antes de la COVID-19, el 80 % de la nueva riqueza acababa en las manos del 15 % más rico de la población. Una distribución tan asimétrica de la riqueza no proporcionó oportunidades laborales, especialmente para los jóvenes. Hoy nos enfrentamos a un escenario similar al de una guerra. La clase media retrocede cada vez más, las nuevas generaciones tienen peores perspectivas que sus padres. En la UE, en la actualidad, 26 millones de personas de entre 15 y 34 años no estudian ni trabajan. Uno de cada cuatro europeos está en riesgo de pobreza o exclusión social.

La crisis de salud ha puesto al descubierto todos los fallos de nuestro sistema de bienestar. A esta crisis le siguió un momento de grave incertidumbre. Al principio, las instituciones europeas respondieron de forma tímida y no adecuada. Los camiones cargados con alimentos y suministros médicos se detuvieron en las fronteras de nuestros Estados miembros. Nuevamente, como en 2008, Bruselas parecía distante y distraída, incapaz de comprender las ansiedades de los ciudadanos.

En una etapa posterior la Unión Europea ha podido reaccionar madurando una respuesta a la altura del desafío de época que estamos viviendo. Si queremos resolver los problemas de los europeos, debemos encontrar nuevas soluciones a los nuevos problemas.

Solo unidos, trabajando juntos, hablando con una sola voz, podremos abordar realmente cuestiones que tienen dimensiones gigantescas y que implican un nuevo papel de la Unión en la vida de los ciudadanos. Nos enfrentamos a múltiples desafíos. La pandemia de COVID-19 nos llevará a un sistema económico diferente: del transporte al trabajo inteligente es un cambio profundo que ya está en marcha. No basta con apoyar a las empresas y el crecimiento. Es igualmente importante garantizar que este apoyo no deje a nadie atrás y que el crecimiento genere dividendos en términos de empleo y prosperidad para el mayor número de personas. Solo así seremos coherentes con nuestros valores fundacionales de libertad y dignidad de la persona. Necesitamos una Europa diferente, más política, más democrática, más eficaz, para acercar a los ciudadanos a sus instituciones y dar respuestas concretas a sus necesidades.

No solo debemos salir de la crisis, sino que debemos asegurarnos de que Europa vuelva a ser el líder mundial. La revolución tecnológica, digital, robótica y de inteligencia artificial debe ser nuestro futuro. Las políticas europeas deben apoyar los esfuerzos de la industria y de los trabajadores hacia un verdadero Renacimiento europeo. Para lograr este Renacimiento, se necesitan inversiones en infraestructura, capacitación y habilidades.



En esta etapa histórica, es fundamental que la política no abdique del deber de gobernar los procesos. Por ello, debemos reformar profundamente nuestra Unión. Lo que decidamos en los próximos meses marcará el futuro de nuestros hijos. No es solo nuestro testamento político. Tenemos que ser honestos: si no ganamos esta prueba fundamental, nuestra Unión quedará completamente desmantelada. Para usar las palabras del papa Francisco: *«Estamos en el mismo barco, todos frágiles y desorientados, pero a la vez importantes y necesitados, todos llamados a remar juntos»*.

Las reformas necesarias no pueden posponerse jamás. Es hora de actuar, recuperando el espíritu solidario que unió a los padres fundadores de la Unión Europea.

La lentitud de la respuesta dada a la crisis demuestra la necesidad de acelerar nuestros procesos de toma de decisiones. Partiendo del principio fundamental de la democracia representativa, ha llegado el momento de deshacer los nudos de nuestra arquitectura institucional: del sistema de votación en el Consejo Europeo a la elección directa del presidente de la Comisión Europea, y de la ley electoral a la centralidad del Parlamento Europeo. Derecho de iniciativa legislativa, un ejecutivo y organismos comunitarios que respondan directamente a los elegidos por los ciudadanos ya no puede esperar. Necesitamos un verdadero ejecutivo de la UE, distinto del poder legislativo. Debemos transformar efectivamente la Comisión en un gobierno europeo. Con un presidente que presida el Consejo Europeo. Y un gabinete de vicepresidentes –ministros de Asuntos Exteriores, de Seguridad y Defensa, de Hacienda, de Industria y Comercio, de Interior–, que presidan los respectivos Consejos de Ministros de la UE.

Pero también necesitamos una gobernanza económica nueva, más eficaz y democrática. Ya no es el momento de la austeridad, que sería contraproducente. Necesitamos invertir en nuestro futuro, evitando desperdicios y gastos improductivos, para una recuperación justa y duradera. Por esto, Europa tiene que invertir más en infraestructuras, redes, investigación e innovación, para hacer de la Unión el espacio económico más competitivo del mundo.

Así como políticas de formación y exenciones fiscales que faciliten la integración de los jóvenes al mercado laboral.

También es fundamental un plan europeo de natalidad que permita a los padres conciliar la familia y el trabajo, y asumir los costes de los nuevos hijos. Permitir que más mujeres trabajen y aumentar la tasa de natalidad, además de ser justo, tiene importantes repercusiones en el crecimiento.

Para estimular un crecimiento justo y sostenible y para acompañar los esfuerzos de reforma, se necesitan más recursos europeos.

Una Europa política que mire al futuro necesita una visión clara, orientada a las prioridades de los ciudadanos. El primer cambio que se necesita es precisamente el de un presupuesto político de la UE, en línea con estas prioridades.



Un euro gastado a escala de la UE en investigación, innovación, seguridad, defensa, control de fronteras o desarrollo de África, tiene un efecto multiplicador mucho mayor que un euro gastado a escala nacional. Imagen cedida por Pixabay.

Si cada Estado hubiera tenido que construir su propio GPS o sistema satelital de observación de la Tierra, la factura habría sido veinte veces mayor que la de Galileo y Copernicus.

Si tuviéramos Canadair o helicópteros para la protección civil europea o lanchas patrulleras para la guardia costera de la UE, podríamos enfrentar las crisis y emergencias con más medios a menor costo. Lo mismo ocurre para

el desarrollo de sistemas innovadores de seguridad y ciberseguridad. Por no hablar de la defensa, donde las sinergias, la estandarización, las economías de escala y la investigación europea conducen a decenas de miles de millones en ahorros.

Pero el aumento del presupuesto no debe pesar en los bolsillos de los contribuyentes. Por esto, la reforma de nuevos recursos propios tiene que aportar mayor equidad a los contribuyentes.

Quienes se aprovechan de nuestro mercado único tienen que pagar impuestos: paraísos fiscales, plataformas digitales, transacciones financieras especulativas. Pero también los que importan mercancías gracias al *dumping* ambiental.

No podemos olvidar la cuestión de la seguridad de nuestros ciudadanos. Necesitamos desarrollar una industria y un mercado de defensa, que también sea útil para mejorar el control fronterizo. Desarrollar tecnologías y prototipos de defensa y seguridad, una defensa común, con un ejército europeo significa al mismo tiempo la racionalización del gasto militar y garantizar la seguridad de nuestros ciudadanos de forma más eficaz en la lucha contra el terrorismo.

En este sentido, deben utilizarse los mismos sistemas de satélites europeos, Galileo y Copernicus, así como el desarrollo conjunto de nuevas tecnologías de seguridad.

Nuestros ciudadanos nos piden que defendamos nuestros valores, acogiendo a los que huyen de las guerras y persecuciones y teniendo derecho al asilo. Al mismo tiempo, quieren firmeza para rechazar o repatriar rápidamente a quienes no tienen derecho a venir a Europa. Así como se ha cerrado el corredor de los Balcanes, a través de inversiones y acuerdos con terceros países, del mismo modo deben cerrarse todos los demás corredores del Mediterráneo. Europa debe volver a ser protagonista en el Mediterráneo con una nueva agenda estratégica común. No podemos pensar que en la zona mediterránea

nea deban decidir los estadounidenses, rusos y turcos. No podemos aceptar que dos Estados miembros se peleen porque hay intereses divergentes: al final, nadie gana. Necesitamos una política que permita a Europa desempeñar el papel que se merece. Hemos logrado resultados: desde el acuerdo sobre Irán, hasta la gran batalla para combatir el cambio climático.

Europa debe desarrollar una nueva iniciativa diplomática en África, abordando la raíz del problema. Para 2050, la población de África se duplicará a más de 2.500 millones. Esta explosión demográfica puede ser un problema, pero también una oportunidad. Desertificación, hambrunas, pandemias, terrorismo, desempleo, mala gobernanza, alimentan la inestabilidad y contribuyen a una inmigración descontrolada. Sin una acción enérgica para contrarrestar estos fenómenos, las nuevas generaciones se trasladarán a Europa, en busca de esperanza y futuro. Apoyar a África no es solo un acto de responsabilidad. Es un claro interés mutuo, tanto económico como político. Inversiones en infraestructuras, transferencia de tecnología, eficiencia de recursos, formación; desarrollar una base industrial y una agricultura moderna. Esto también significa oportunidades para las empresas europeas.

Al mismo tiempo, es importante anclar firmemente el futuro de los Balcanes occidentales al de la Unión, y consolidar nuestra presencia política y económica en un área establecida por China, Turquía, los Emiratos y Rusia.

En los últimos meses, hemos asistido al Acuerdo de Abraham entre Israel, los Emiratos Árabes Unidos (EAU) y Bahrein, y a los acuerdos de los diez miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) en la denominada Asociación Económica Integral Regional (RCEP), un pacto multilateral extendido a Australia, China, Japón, Nueva Zelanda y Corea del Sur. Estos dos acuerdos comerciales afectarán al futuro de las empresas europeas y tienen consecuencias de carácter económico-financiero en nuestra acción diplomática. El primero puede revolucionar el mercado energético europeo. El segundo representa casi un tercio de la población mundial (2.200 millones de personas) y una parte igualmente grande de la riqueza mundial (26.000 y 200.000 millones de dólares).



Los emprendedores europeos son líderes competitivos y de calidad en muchos sectores. Baste decir que el 70 % de los productos de alta gama se fabrican en nuestra Unión. El proteccionismo y las guerras comerciales no benefician a nuestros ciudadanos y provocarían la pérdida de muchos puestos de trabajo en Europa. Tenemos todo el interés en seguir impulsando la apertura de los mercados, pero con la condición de que se haga con reciprocidad y en condiciones de competencia leal. Los acuerdos con Japón y Canadá, los últimos aprobados por el Parlamento Europeo, garantizan un nivel de protección de los consumidores, la salud, la seguridad y la propiedad intelectual similar al de la UE. Debemos seguir por este camino, pero necesitamos instrumentos *antidumping* para hacer frente a la competencia desleal de China.

En la era del enfrentamiento global entre Estados Unidos, Rusia, China e India, hay intereses que llevan a las grandes potencias a no querer que Europa sea protagonista. Tenemos el deber de garantizar que esto no suceda.

Debemos tener una posición única y común también en América Latina. Es nuestro continente gemelo donde muchos pueblos todavía luchan por la democracia y por derrotar la pobreza. Debe volver a la cima de nuestras prioridades.

Para hacer todo esto, necesitamos una nueva política también con Estados Unidos. En estos años difíciles, hemos seguido siendo amigos y aliados, compartimos valores, cultura, idiomas y muchos intereses estratégicos. Sin embargo, es innegable que la suspensión del Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP por sus siglas en inglés, *Transatlantic Trade and Investment Partnership*), las tensiones comerciales, los mensajes equívocos sobre el Brexit y la salida del acuerdo climático han contribuido a alejar las costas del Atlántico. De hecho, la solución a muchos desafíos comunes no se puede encontrar fuera de una fuerte cooperación entre Estados Unidos y la Unión Europea. Esto es cierto para la estabilidad y la paz en Oriente Medio, así como para Afganistán o la amenaza nuclear de Corea del Norte. Una lucha eficaz contra el terrorismo y la radicalización es impensable sin una alianza

firme con Estados Unidos. Como también necesitamos desarrollar programas conjuntos de investigación y la cooperación tecnológica. Otro desafío al que nos enfrentamos es el de las nuevas relaciones con el Reino Unido. No fue fácil despedirnos de nuestros hermanos del otro lado del Canal. No puede haber recuperación económica sin un acuerdo comercial claro con los británicos que proteja a las empresas, ciudadanos, consumidores y productores europeos.

Para hacer todo esto, necesitamos una Europa fuerte, diplomática y económicamente.



Sin el apoyo de los ciudadanos, Europa difícilmente será fuerte. Es necesario trabajar para ajustar las políticas europeas a los deseos y esperanzas de quienes integran la Unión. Imagen cedida por Pixabay.

Para volver a ser fuertes, tenemos que volver a nuestras raíces y valores y empezar desde allí con fuerza y coraje. Una versión europea de regreso al futuro. La larga experiencia europea no es algo artificial, sino que representa nuestra verdadera identidad: es una historia que comienza en los tiempos de la antigua Grecia, que pasa por Roma, el cristianismo, la Edad Media, la Revolución francesa. Con todas nuestras fortalezas y debilidades, estos somos nosotros: hombres y mujeres europeos, conectados por un hilo conductor llamado libertad. La historia del pensamiento europeo se basa en la libertad de la persona. La idea de Europa no es solo una cuestión económica o legal, no es solo el euro, el Parlamento Europeo o la Comisión Europea.

El derecho romano nació en Roma, pero los alemanes y los franceses difundieron el derecho romano en Europa. Pensando en nuestro patrimonio cultural común: Beethoven y Monet, Mozart y Goethe, Dante Alighieri y Kepler son patrimonio cultural europeo. Todas nuestras historias están entrelazadas. Hoy debemos recordar esta herencia común, esta historia que se entrelaza desde hace dos mil años. La mejor manera de volver a vivir según nuestros valores es tener el coraje de superar el Tratado de Lisboa. En este sentido van a ser de vital importancia los trabajos que se harán en la Conferencia sobre el futuro de Europa, tal como ha anunciado la presidenta Ursula von der Leyen con el respaldo del Parlamento. La pandemia de la COVID-19 no puede ser una excusa para dejar de reflexionar en profundidad sobre el rumbo de la UE y las reformas que sus Instituciones necesitan. Tenemos que empezar otra vez desde el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa y de la Comunidad Política Europea. Sin una defensa común no podemos tener una política exterior a la altura de los desafíos a los que nuestro querido continente tiene que enfrentarse. Por la misma razón necesitamos un Parlamento Europeo que finalmente tenga el derecho a su propia iniciativa legislativa y también el derecho de investigación. La clave es acercar las instituciones europeas a los ciudadanos.

Los romanos dijeron «*nihil difficile volenti*», nada es difícil para quien lo quiera. Por difíciles que sean estos tiempos, la respuesta es no encerrarnos en nosotros mismos por miedo. Pero una mayor, mejor y más profunda integración europea permitirá a nuestros ciudadanos tener un futuro digno de nuestra historia.

